

**Renata de LORENZO y Rosa Ana GUTIÉRREZ LLORET (eds.),
Las monarquías de la Europa meridional ante el desafío de la modernidad (siglos XIX y XX), Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 2020, 537 pp. ISBN: 978-84-1340-049-5**

Aunque en el título de este libro figuran dos siglos, su temática se enmarca en ese arco cronológico que va de la década de 1770 hasta 1914-1917, un período con cuatro novedades decisivas. La primera, la revolución industrial, que modificó radicalmente las



relaciones sociales y económicas al convertir el capitalismo en una onda expansiva que llegó a todos los rincones del planeta. La segunda, las revoluciones sociales y políticas, que subvirtieron los poderes absolutistas y los privilegios amasados durante siglos y convirtieron la libertad y la igualdad en principios para organizar la sociedad. Ambas revoluciones, la económico-tecnológica y la sociopolítica, generaron una tercera novedad: el ascenso de la burguesía como clase dominante y el desarrollo y organización de los trabajadores como clase social con intereses propios. Por último, la cuarta novedad fue el establecimiento del concepto de nación como origen de la soberanía política y razón para elegir gobiernos representativos, deslindar mercados protegidos y desarrollar culturas propias de modo que el nacionalismo se convirtió en ideología omnipresente en las distintas facetas de cada sociedad.

La palabra progreso se convirtió desde entonces en la clave para explicar unas novedades que zarandearon todas las formas de organización estatal. Se desplegaron las ideas liberales, democráticas, socialistas y también las feministas, la vida política pasó a manos de los partidos y de los ciudadanos, con la prensa como transmisora de la “opinión pública”. Se gobernó en nombre de la nación y del pueblo, dos palabras que comenzaron a movilizar a masas de gentes. Son novedades definidas como modernización. Ahora bien, lo antiguo no desapareció. Fue el caso de las monarquías que se estudian en esta monografía, un buen ejemplo para constatar que esa modernización no fue un proceso homogéneo. Sería

más lógico, por tanto, pensar en “múltiples modernidades” (Eisenstadt), porque no hubo un camino único para el despliegue de las nuevas realidades que implicaba un capitalismo capaz de lograr que “todo lo sólido se desvaneciera en el aire”, tal y como diagnosticaron en 1848 dos jóvenes revolucionarios, Marx y Engels.

Justo en este punto adquiere la máxima relevancia la pervivencia de la monarquía, en concreto en Italia y España, objetos de estudio en esta monografía, países muy similares en estructuras sociales y trayectorias de cambio político, como también Portugal, aunque este país se trata de modo lateral. Significativamente fue un aristócrata italiano, Lampedusa, quien formuló la política catalogada como “lampedusiana” o “gatopardista”, por la sentencia con la que el protagonista de su novela *El gatopardo*, un viejo aristócrata siciliano, aleccionó a su sobrino revolucionario: “Si queremos que todo siga como está, necesitamos que todo cambie”.

Así fue el proceso de reinención de la monarquía, una transformación “lampedusiana”, aunque no todo siguió igual, pues los desafíos de las distintas revoluciones liberales reconvirtieron las funciones y los poderes de las coronas en Portugal, Italia y España. Tal es el eje y la aportación de las investigaciones coordinadas por Rosa Ana Gutiérrez Lloret y Renata de Lorenzo. Comparten un afán metodológico: comparar procesos históricos de modo transnacional, pues Europa en general y en concreto la Europa meridional han compartido y comparten similitudes y diferencias que requieren nuevas formas de investigación histórica. Por eso el valor de este libro que, en concreto, desgrana cómo las monarquías pasaron de ser y poseer el poder absoluto durante largos siglos a convertirse en instituciones sostenidas gracias al poder representativo elegido por las clases propietarias y a transformarse en símbolos de la nueva soberanía nacional. Sus poderes ya no necesitaron de orígenes divinos, sino que pasaron a ser considerados parte de la soberanía de cada nación con cuya historia se ensamblaron para dotarse de esta nueva legitimidad.

De los diecinueve estudios que se recogen en el libro, se ajustan específicamente a la historia comparada los de Emilio La Parra, Teresa Nunes, Lluís Ferrán Toledano y Carmine Pinto. El primer autor desentraña cómo en las relaciones entre la monarquía hispana y la napolitana, en el contexto de una Europa revolucionada por Napoleón y luego por la restauración de las viejas monarquías, se entrecruzaron intereses familiares y perspectivas políticas dispares. Teresa Nunes precisa el significado de la conocida como “Fiesta de España”, cuando la monarquía de los Braganza en 1892 organizó la conmemoración del viaje de Colón a América (1892). De más amplio análisis cronológico son los estudios de Ferrán Toledano y Carmine Pinto sobre las guerras civiles y los conflictos de legitimidad dinástica desencadenados por las revoluciones liberales con los consiguientes zarandeos de las respectivas monarquías.

Esta cuestión, la crisis de legitimidad de las monarquías, es precisamente la materia de tres estudios. Renata de Lorenzo comprueba los entresijos y dificultades de la creación y sostenimiento de una legitimidad revolucionaria, la de Murat, auténtico hijo del pueblo, instalado como rey de Nápoles, mientras que Francisco Carantón ofrece una perspectiva innovadora sobre aquel trienio de 1820 a 1823, cuando los liberales aplicaron de modo efectivo en España la Constitución de 1812 y el sector más progresista impuso la idea de soberanía nacional, relegando al rey a mejor ejecutor del poder legislativo de las Cortes. Por su parte, Marco Meriggi estudia cómo la monarquía de Nápoles, para contrarrestar la revolución de 1848, utilizó mecanismos de legitimación propios de la revolución liberal hasta conseguir mediante peticiones populares el restablecimiento de un poder absoluto.

En efecto, las monarquías se relegitimaron apropiándose sobre todo del concepto de soberanía nacional. Sin rechazar tal principio liberal, se erigieron en encarnaciones no de la voluntad divina, como en siglos anteriores, sino de la voluntad histórica de la nación correspondiente. Fue el camino por el que se transitó hacia monarquías que se incrustaron

como parte de los nuevos Estados liberales, más aún, como piezas claves para sostener el edificio de los intereses de las clases propietarias que habían edificado dichos Estados. Son modélicos en este aspecto los análisis culturales que desarrollan Rosa Ana Gutiérrez Lloret y Catherine Brice sobre los usos que las coronas española e italiana hicieron de los viajes por sus territorios para promover un imaginario nacionalista que legitimara la monarquía frente a las voces republicanas.

El pueblo, por tanto, se hizo necesario como referente de legitimidad. En esa misma dirección se promovió la imagen de Alfonso XII como rey soldado pacificador, tal y como analiza Rafael Fernández Sirvent, o la mitificación de la legitimidad de los Borbones en la persona de Francisco II de Nápoles como héroe de la batalla de Gaeta contra los liberales. Lógicamente, la guerra de discursos y propagandas también tuvo otra versión que se manifestó en explosiones iconoclastas contra la monarquía. Así lo estudian Pierre Marie Delpu en Nápoles, cuando la revolución de 1848, y Sergio Sánchez en la revolución española de 1868. Por su parte, ya en tiempos de la primera guerra mundial, los estudios de Riccardo Brizzi y Alicia Mira descifran cómo las monarquías italiana y española se situaron en posiciones políticas que les garantizaran la popularidad en sus respectivos países y además les resultasen ventajosas para alcanzar prestigio internacional en tan trágicos momentos.

Evidentemente, por encima de esos reclamos al pueblo, o a la patria, fueron tiempos de conspiraciones en las luchas por el poder. Esta faceta queda analizada por Esther Collado en la trama conspirativa de los liberales moderados españoles con la ex regente M^a Cristina de Borbón para desplazar del poder a los progresistas de Espartero y volver a relanzar el peso de la corona, anclaje para las especulaciones y negocios de los moderados. Laura Di Fiore desvela otra faceta, el uso de la policía para controlar esas conspiraciones. Por último, hay que destacar dos estudios específicos sobre Amadeo de Saboya, personaje de la familia real italiana, convencido liberal, que reinó en España, al ser elegido en votación parlamentaria, y luego, al regresar a Turín, desplegó una actividad de “nacionalización” de la dinastía familiar a la vez que pacificadora con la Iglesia católica, tal y como analiza Pierangelo Gentile. Su protagonismo en España, siempre de la mano de Ruiz Zorrilla, es analizado por Eduardo Higuera, quien descifra con metodología innovadora un asunto, el reglamento de las Cortes, que de ningún modo era menor sino extraordinariamente decisivo para discernir el papel del trono en la vida de un sistema parlamentario en el que tenían enorme peso tanto los republicanos como los tradicionalistas. En la práctica, tal y como evidencia E. Higuera, este reinado no fue una anécdota de dos años; al contrario, desarrolló una estrategia de equilibrio en las relaciones entre los poderes legislativo y ejecutivo. Fue la primera experiencia democrática en España bajo un sistema monárquico que, zarandeado por los intereses de las oligarquías agrarias, industriales y esclavistas opuestas a las medidas democratizadoras de los gobiernos de Amadeo I, terminó en la abdicación del rey.

En definitiva, son estudios todos ellos que aportan perspectivas para nuevas líneas de investigación sobre la institución monárquica que, por lo demás, se mantiene en España como atributo, discutible, de la democracia establecida desde la Constitución de 1978. En este sentido, cada capítulo alberga, de modo más o menos implícito, reflexiones que siguen trajinando la vida política española. No así la italiana o la portuguesa.

Juan Sisinio PÉREZ GARZÓN
Universidad de Castilla-La Mancha
Juansisinio.perez@uclm.es
<https://orcid.org/0000-0002-4909-6264>